

Fernando I, tan pronto como se sintió firme en el trono, se propuso hacer una prueba para asegurarse del brio y fuerza del reino unido de Leon y Castilla, así como un buen jinete pone á prueba un hermoso corcel antes de emprender con él un viaje ó una campaña. Dirigió la primera embestida contra Mozafar de Badajoz, al cual arrebató en 449 (1057) á Viseo y Lamego; en los años siguientes quitó al hudida Moctadir algunas fortalezas al Sur del Duero, y despues tocó su vez á Ma'amun de Toledo, de cuyo territorio conquistó Fernando la parte septentrional hasta Alcalá de Henares, y aun habría tomado esta ciudad si Ma'amun no hubiese comprado la paz con ricos presentes. Los tres emires tuvieron que reconocer la soberanía de Castilla y pagar un tributo anual so pena de perder mas territorio, mientras el vigoroso soberano tenia ya el paso despejado para avanzar mas al Sur. En 455 (1063) invadió el territorio de Sevilla, y Motadid, conmovidísimo del rudo golpe y de la traicion y muerte de su hijo Ismael (1), creyó prudente seguir el ejemplo de los tres emires citados, bien que el muy taimado supo hábilmente rebajar bastante, á cambio de la entrega de algunas reliquias, las exigencias del rey de Castilla, ofreciéndole entre otras los restos mortales de San Isidoro de Sevilla, á los cuales mostró súbitamente gran veneracion. Por lo demás, hubo de reconocerse vasallo del rey y obligarse á pagar un tributo anual como los otros. El año siguiente 456 (1064) los cristianos, á pesar de la paz pactada con el emir de Badajoz, tomaron á Coimbra, y Fernando, desde su nueva base de operaciones en el territorio de Toledo, emprendió una campaña peligrosa contra Valencia, donde reinaba desde la muerte del amirida Almanzor (453 = 1061) su inepto hijo Abdelmelik con el sobrenombre de El-Mozafar (el victorioso). Este título resultó muy equivocado cuando se dejó engañar por los cristianos, saliendo de la ciudad y cayendo en una emboscada que le habian preparado, en la cual estuvo á punto de quedar prisionero. El año 457 (1065) volvió á presentarse Fernando delante de Valencia y ciertamente la hubiera conquistado si una enfermedad no le hubiese obligado á emprender la retirada, lo que salvó una vez mas la ciudad. Para preservarla mejor de un nuevo percance Ma'amun de Toledo hizo prender al inepto Abdelmelik, que era su yerno, y se posesionó en 457 (1065) de la ciudad y de su territorio.

Entretanto tampoco lo habian pasado bien los mahometanos del otro lado del Ebro. Desde algunos decenios antes varias bandas de normandos habian tomado parte en las guerras de los condes de Barcelona contra sus vecinos mahometanos. Sabido es, y en adelante tendremos que hablar de ello, que aquellos rudos hijos del Norte, establecidos junto á la embocadura del Sena, se dirigieron á bandadas al Mediodía de Europa para sentar allí plaza en los ejércitos de los soberanos. Pues bien, á una hueste compuesta de normandos, borgoñones y franceses, que estaba probablemente al servicio del papa Alejandro II, ocurrió súbitamente la idea de atravesar los Pirineos y entrar en España, acaso para tomar venganza de los mahometanos por las piraterías que habian ejercido en las costas de Italia y por las crueldades que habian cometido desde el entronizamiento de Mudschahid en Denia. Los nuevos invasores tomaron terrible venganza, por supuesto en personas que ninguna parte

(1) No está probada la coincidencia en un mismo año del atentado y muerte de Ismael y la victoriosa invasion del rey Fernando. Yo he creído asociar los dos sucesos para motivar la conducta pusilánime de Abbad Motadid, bien que basta para explicarla la conducta floja de otros príncipes mahometanos, como luego veremos.

habian tenido en aquellas empresas de piratas. Tomaron á Barbastro, la plaza mas fuerte de los mahometanos de Aragón en el Norte del país, porque ni Moctadir de Zaragoza ni sus grandes vasallos tenian fuerzas suficientes para socorrer la guarnicion y ofrecer batalla á los invasores. La guarnicion se rindió por capitulacion, pero los bárbaros normandos y francos deshonraron su nombre de cristianos faltando á lo estipulado, haciendo una espantosa carnicería y cometiendo atrocidades indecibles en los habitantes (2) que no murieron degollados. Hasta en Andalucía se apoderó el terror de todo el mundo, pero á nadie, por lo menos á ningún gobernante, ocurrió reflexionar sobre las causas que en el espacio de medio siglo habian convertido el formidable imperio hispano-mahometano en campo donde cualquiera horda salvaje podia cometer libremente sus atrocidades sin que los reyes y demás potentados, alojados en fastuosos palacios, donde hacian cantar por poetas asalariados sus hechos gloriosos imaginarios, levantasen ni una mano para rechazar á los bestiales enemigos. El pueblo en cambio comenzó á exacerbarse; hombres sagaces y valientes hicieron en escritos históricos paralelos entre el estado floreciente, la tranquilidad y seguridad que habia disfrutado el país en tiempo de los califas, y la miseria de aquella época, con su multitud de Estados independientes é impotentes; pero en las cortes se observó la conducta del avestruz.

El destino, sin embargo, concedió á los Estados mahometanos un nuevo plazo de gracia para determinarse por una política varonil y patriótica, con la muerte de Fernando I á fines del año 1065 (principios de 458) y con diez años de contiendas intestinas entre sus tres hijos por la sucesion, hasta que Alfonso VI quedó soberano único de los tres reinos de Castilla, Leon y Galicia. Motadid de Sevilla no supo aprovechar mejor este plazo que volviendo á sus conquistas y despojando á sus vecinos; pero como sus excesos en el trabajo y en los deleites materiales y los muchos cuidados que pesaban sobre él aceleraron su muerte, hizo al país á lo menos el bien de librarlo en 461 (1069) del principal autor de sus discordias interiores. Sin embargo, pronto se vió que el porvenir no dependia de la vida ó muerte de determinados individuos, sino que toda la sociedad estaba enferma, de suerte que si las inteligencias mas privilegiadas y mas notables pudieron conocer el mal, nadie lo podia curar.

Ya hemos tratado en otro capítulo de describir la doble faz que presentó esta época. Además del bienestar material y los regalos de la vida exterior, que disfrutaba entonces todavía la nacion hispano-árabe, habia llegado su vida intelectual á su apogeo. Jamás habian sido cultivadas ni apreciadas tanto como entonces la poesía y las ciencias. El emir Mozafar de Badajoz y despues su hijo Omar El-Mutawakkil figuran á la altura de los sabios mas laboriosos y de los literatos mas eruditos de aquel tiempo. Entre los innumerables poetas hispano-árabes que se distinguen por la gracia especial de las ideas y el sentimiento profundo que campean en sus versos, se dará siempre el primer puesto á Mohammed, el amable é infortunado hijo del terrible Abbad Motadid, que entonces se sentó con el nombre honorífico de El-Motamid en el trono de Sevilla. Rivalizan con él un grandísimo número de poetas, como el eruditísimo Ibn Abdón de Badajoz, Ibn Khafadscha de Júcar, Ibn Said de Granada, y los amantes novelescos, la bella Walada, la hija del omiada Mustacfi, al cual tan poco se pareció, y su amante Ibn Seidon, el Tibulo andaluz. De paso citaremos tambien á los grandes

(2) Para mas detalles, véase la obra de Dozy: *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, II, págs. 340 y siguientes.

poetas judíos españoles, Samuel El Nagid, el visir de Granada, y el primero de todos Salomon Ibn Gabirol.

Tambien tuvo en esta época su verdadero apogeo la historia, que los hispano-árabes cultivaban con pasion especial. Uno de sus representantes mas señalados es el noble Ibn Hasm, en otro tiempo visir del infortunado Abderraman V, y que trató de olvidar la miseria de su tiempo, despues de la ruina del califato, con los estudios profundos y múltiples teológico-jurídicos é históricos; y el autor propiamente clásico en este ramo literario y científico, Ibn Haiyan de Córdoba, que escribió la historia de su época en 60 tomos, fuente principal y casi única para todos los historiadores posteriores. Lo que coloca á estos y otros autores de su época muy por encima de los que les precedieron son su imparcialidad y su veracidad, que solo pudieron desarrollarse en las circunstancias políticas de su tiempo, quiere decir en la época de la gran division territorial. Sus trabajos, que por desgracia solo han llegado á nosotros en fragmentos, aunque numerosos, ocupan el primer lugar en la literatura histórica mahometana en general. A estos autores se eslabona naturalmente el erudito geógrafo El-Bekri, de la familia soberana de Huelva. Las ciencias naturales y la filosofía fueron mas que las otras beneficiadas por las circunstancias políticas de aquella época, en que los potentados árabes y eslavos se mostraron decididamente contrarios desde un principio al espíritu mezquino fanático que en España mas que en otra parte alguna habia impedido el libre desenvolvimiento de esta clase de estudios, que desde Almanzor habian ido recobrando su vitalidad despues de una larga interrupcion, y al cerrar la época aparecen los grandes genios médicos Abu'l Kasim de Zahra, la ciudad construida por Abderraman III, conocido en el Occidente neo-latino por el cirujano mas famoso de la Edad media bajo el nombre corrompido de Albucazís, y luego Abu'l Ibn Sohr, que pertenecía á una familia célebre por sus muchos sabios y estadistas que produjo y á quien volveremos á encontrar en el curso de nuestra narracion. Al concluir esta época aparece la pura é ilustre figura del primero y mas grande filósofo aristotélico español, Ibn Badscha de Zaragoza, el Avenpaz de los escolásticos.

No há mucho que se ha llegado á probar científicamente la imposibilidad de hallar la famosa cuadratura del círculo que durante generaciones ha ocupado á los sabios mas sagaces; pero hay tambien un problema moral que no ha encontrado todavía su Edipo. Meditando sobre la historia de las naciones, se observa que la civilizacion material para llegar á cierta altura necesita libertarse de ciertas premisas, por no decir preocupaciones nacionales y religiosas, á fin de facilitar á las ciencias, y en especial á la filosofía, el medio de desenvolverse con vigor. Pero tambien se observa que esta civilizacion degenera al poco tiempo infaliblemente en afeminacion, y la libertad en escepticismo, y una y otro consumen el vigor de la nacion y le quitan en gran parte ó totalmente los principios fundamentales del sentimiento religioso, innato é invariable, y el sentimiento de lo mas elevado y santo, de la fidelidad debida á la nacionalidad propia, que no debe confundirse con la patriotería vocinglera. Por fortuna, todavia no se ha podido probar la imposibilidad de dar una solucion favorable á este problema, y por esto no debemos cejar en nuestros esfuerzos para unir la libertad del pensamiento con la autonomia individual y la educacion con la robustez y la fuerza. Sin embargo, hasta hoy no presenta la historia de la humanidad ninguna nacion que haya logrado reunir estos extremos.

La nacion hispano árabe habia llegado á mediados del siglo XI al punto máximo de su desenvolvimiento, y desde

entonces empezó á manifestarse el reverso de sus brillantes conquistas materiales, intelectuales y morales. No en la masa de la poblacion, pero en las clases influyentes se habia trocado la vida cómoda en voluptuosa, la libertad de la inteligencia en arbitrariedad y desenfreno, y en los deleites de la civilizacion habian desaparecido los grandes sentimientos de fe y de patria, que en el Oriente mas que en ninguna otra parte van indisolublemente asociados. El particularismo de las razas y tribus, efecto de la exageracion de las fuerzas de estas colectividades, habia desaparecido, sin que ocupara su lugar ninguna otra idea, y esto explica el hecho, á primera vista incomprensible, de que ningún emir de España comprendiese lo que hombres del pueblo tiempo hacia habian visto y dicho, á saber: que las guerras emprendidas por Fernando I encerraban peligros muy distintos de los que habian presentado todas las anteriores. Estando ya en juego la existencia misma del Islam en la Europa occidental, dijo Motamid, el ilustrado y bien intencionado emir de Sevilla: «Opino que la inteligencia consiste en dejar de ser inteligente;» su conducta fué ajustada á este principio, y los demás hacian poco mas ó menos lo mismo. Los príncipes mahometanos, en vez de aprovechar los años que pasaron en las contiendas entre Alfonso VI y sus hermanos Sancho y García, para organizar entre los potentados sus correligionarios una liga defensiva general contra los cristianos, continuaron disputándose los girones del imperio desmembrado como los perros se disputan un hueso, y cuando súbitamente oyeron el chasquido del látigo perdieron toda su serenidad. Los que manejaron este látigo estaban trezándolo desde mucho tiempo antes. A este trabajo preparatorio dirigiremos ahora nuestras miradas y despues expondremos las consecuencias que produjo.

CAPITULO II

LOS BEREBERES EN ÁFRICA Y EN SICILIA. — LOS ALMORAVIDES Y LOS ALMOHADES

Dos son los factores que rigen principalmente la formacion de los Estados ó naciones, segun la teoría de Ibn Khaldun, el mas capaz de los historiadores árabes y uno de los historiadores mas ilustrados del mundo, á saber: bajo el punto de vista exterior, la relacion entre los pueblos sedentarios y los nómadas, y en el interior la sociabilidad innata en el hombre, el interés que le merece la cosa pública ó sea la suerte de la colectividad á la cual pertenece, y la identidad del modo de pensar que une á todos los individuos de una colectividad, identidad que para Ibn Khaldun, como oriental, consiste principalmente en la de la religion. Respecto del primer factor, la marcha de los sucesos, por regla general, es que un pueblo valiente, arrojado y belicoso de resultados de la vida nómada, llena de privaciones duras y de luchas continuas, se arroja sobre un pueblo vecino, de civilizacion muy adelantada, y por lo mismo afeminado y débil, lo somete y se apropia las conquistas de su civilizacion (1). El disfrute de los bienes del pueblo conquistado eleva mas ó menos rápidamente al pueblo vencedor á un grado desconocido para él de cultura material é intelectual, hasta que llega á un punto en que el abuso de los goces materiales hace perder á la clase dominadora sus cualidades guerreras y disminuye la fuerza defensiva del Estado, que á su vez llega

(1) Para mas detalles, véase el trabajo de Kremer: «Ibn Khaldun y su *Historia de la civilizacion de los imperios mahometanos*,» en el tomo 93 (1879, págs. 581 hasta 634) de las sesiones de la seccion de Historia filosófica de la Academia Imperial de Ciencias de Viena. Háse impreso este trabajo tambien separadamente.

á ser botín de un nuevo agresor. A esto se juntan los efectos de las causas interiores, que aceleran ó retardan la marcha general de los sucesos. El interés por la causa común, muy desarrollado en una familia y sus allegados ó en una tribu numerosa, pone á éstas en situación de dominar á otras competidoras menos unidas interiormente, siendo un poderoso auxiliar para establecer esta supremacía algún motivo religioso enérgico. En cambio provocarán la decadencia del imperio, constituido al parecer sólidamente, el crecimiento del individualismo en perjuicio del interés colectivo y el indiferentismo religioso cuando se apodera de los corazones.

En lo que precede no habré expuesto todas las causas que han intervenido en la formación y destrucción de los imperios y entidades políticas colectivas antiguas y modernas, pero las expuestas bastan para explicar los sucesos que constituyen la historia de la España y de la Sicilia mahometanas, así como la del África occidental desde el siglo V (IX) hasta el IX (XV), sucesos que inspiraron á Ibn Khaldun la teoría que acabamos de exponer.

Por tercera vez el pueblo berberisco, después de la conquista de España y de la revolución fatimita, intervino por su impulso propio como factor dominante en la historia del Islam del Occidente é influyó en ella decisivamente desde entonces durante un período de más de 400 años; solo que si los gobernantes árabes en el período anterior, algo más corto, habían sabido elevar, cuando no á todo el Occidente mahometano, á lo menos á la España mahometana, á una altura de civilización material é intelectual verdaderamente admirable, el período berberisco ofrece el espectáculo monótono de la continua repetición de la marcha que Ibn Khaldun expone con rasgos tan vigorosos en su obra, y que continúa hasta el fin del Islam en España y hasta la muerte de la civilización que había penetrado gradualmente en diferentes puntos de África. Muchos tomos podrían llenarse con la relación de las luchas entre los diferentes Estados mahometanos ó mejor dicho de ligas de tribus de duración variable, que nacían y se sucedían, variando continuamente de superficie é importancia; pero estos sucesos particulares no interesan á la ciencia histórica, para la cual solo tiene importancia el conjunto. Los sucesos son siempre los mismos y solo varían los nombres: sale una tribu ó un grupo de tribus del Atlas ó del Sahara; las más vigorosas y resistentes logran ocupar en su curso impetuoso una parte del país cultivado y derrotar en un punto ú otro á las tropas del gobierno existente; el botín que cae en manos de los vencedores atrae á otras tribus, que por lo pronto se dejan dirigir por las que con tanto éxito las precedieron; pero las masas invasoras crecen é inundan el país cual irresistible avalancha y embisten las plazas fortificadas; entonces la poca unión que había entre los que disponen de las fuerzas del país desaparece del todo, y sobre las ruinas del imperio desmoronado y vencido forman los conquistadores un imperio nuevo, dividen entre sí los territorios de la dinastía desposeída y expulsan á sus individuos que quedan vivos. Estos buscan refugio en las montañas ó en el desierto, y allí perecen ó bien recobran su perdido vigor hasta que al cabo de algunos decenios ó siglos, si se sienten bastante fuertes, vuelven á la escena del país cultivado del Norte, que llaman el *Tell* por contraposición á la región montañosa del Atlas y del desierto, para desposeer á su vez á los invasores, los cuales entretanto han ido perdiendo su primitivo vigor en la vida regalada de las ciudades y en las comarcas férciles rurales. Son, pues, siempre en gran parte las mismas tribus y familias y algunas nuevas ó que han figurado poco, las que alternan en la posesión del Norte de África. Las causas que producen estas luchas son

varias, en general la codicia de botín y la ambición de jefes belicosos; pero más peligrosas y más generales son las conmociones cuando un hombre astuto y fanático sabe ocultar aquellos móviles bajo la máscara del entusiasmo religioso. Hoy todavía cualquier santón, por poco que sepa hacer su papel, puede no solamente imponerse á los berberiscos, gente de pocos alcances pero fácilmente excitable, sino entusiasmarlos y empujarlos á las empresas más arriesgadas. Estos santones, los «morabitos», son, pues, como lo fueron en tiempo de Abd-el-Kader, los enemigos más temibles para los franceses en Argelia, y ya vimos al narrar la revolución haridschita, la subida de los fatimitas y la sublevación de Abu Yezid, que en aquellos tiempos lejanos sucedía lo mismo. No debe sorprender ver que dos revoluciones políticas aparecen íntimamente ligadas á una explosión de exaltación religiosa que ejerce sus efectos destructores hasta más allá de los límites del Islam, y que no obstante en ningún caso nacen de estas explosiones creaciones religiosas que puedan ser punto de partida para una regeneración del Islam, porque jamás han tenido cabida ideas correctas y vigorosas en los estrechos cerebros berberiscos; la excitabilidad religiosa de esta gente se satisface con exterioridades y nunca la conduce á estudiar ni comprender el fondo de las cosas. La sustancia de los sermones es para ellos ininteligible: el amor al prójimo, el fatalismo, la cuestión de soberanía del pueblo en materia de organización eclesiástica, como la pide la teoría haridschita, y el absolutismo siíta, no llaman la atención de este pueblo; pero les impone el aspecto del predicador, que para arrebatar á su auditorio ha de ser sucio y andrajoso, ha de tener barba blanca y larga, por supuesto sin peinar, cabello largo en confusas guedejas, ojos chispeantes, y ha de predicar con voz cavernosa y atronadora cosas terroríficas. Tanto mejor si, además de esto, sabe demostrar el auxilio divino con mortificaciones, como estar cabeza abajo una hora entera, ó ayunar seis semanas seguidas, ó con milagros como hacer llover, ó con habilidades como hacer bailar serpientes; si sabe pronunciar oráculos ininteligibles; porque entonces puede el tal sujeto ambicionar hasta pasar por mahdí ó restaurador de aquel reinado de la justicia divina, de la ley de Dios en la tierra, que debe preceder al fin del mundo y dar á los devotos bienaventuranza y á los pecadores descreídos é infieles la muerte eterna. Esta creencia, desde el último período de la época omniada se había generalizado también entre los mahometanos sunnitas, que todavía hoy la conservan. Excusado es decir que los movimientos religiosos entre gente como los berberiscos han de atropellar y comprometer la civilización que encuentran, sin que las pocas doctrinas y prácticas exteriores que sirven de bandera y pretexto á los autores del movimiento ofrezcan un fondo del cual pueda brotar ni en un pueblo mucho más adelantado que los berberiscos una nueva vida social inteligente. Son explosiones volcánicas cuyas consecuencias llevan consigo la más completa esterilidad. Esta clase de fanatismo religioso mahometano destruye la civilización propia del Islam, si bien defiende á éste y le conserva su extensión territorial eficazmente contra los ataques de los cristianos; y es indudable que en la época de que tratamos la situación del Islam en la Europa occidental era tal que solo la rápida y enérgica intervención del elemento berberisco africano, que conservaba todavía todo su vigor guerrero primitivo, podía salvarlo de la expulsión inmediata de la península ibérica y de Sicilia, donde se hacía sentir lo mismo y casi en el mismo tiempo que en el Asia Menor y Siria el empuje general de los pueblos del Occidente que buscaban más espacio. Siendo la causa la misma, el curso de los sucesos fué idéntico en los extremos de la cuenca del Mediterráneo. Los cristianos arro-

llan en su primera arremetida vigorosa la resistencia que les opone el Islam en las provincias fronterizas, y se apoderan en el Occidente de Sicilia y de Valencia como en el Oriente de Antioquía y de Jerusalén; pero entonces el Islam se rehace y los robustos elementos berberisco y turco, el primero en el Oeste y el segundo en el Este, oponen primero un dique al progreso del enemigo y después arrebatan á los cristianos las conquistas hechas en el Oriente en totalidad y en el Occidente en parte. La rudeza de los salvadores del momento, refractarios á toda civilización, acelera y completa la decadencia interior de los Estados mahometanos, los cuales sucumben en Oriente ante los mogoles y en el Occidente ante los españoles; quedando en el primero las monarquías efímeras que han pasado ante nuestra vista, y en el segundo las monarquías berberiscas, que ofrecen el espectáculo de una continua y al fin irremediable decadencia.

Este es el juicio histórico de las condiciones de las naciones ribereñas del Mediterráneo en el período que media desde el siglo XI hasta el XV. Mirado este período desde el punto de vista del Islam, al cual debemos limitarnos aquí, veremos el desenvolvimiento político especialmente berberisco influido por las guerras entre mahometanos y cristianos, y como carácter general de la época, la decadencia, sin ideas nuevas ni fuerzas morales que merezcan ser recordadas, cuya relación no llega á interesarnos ni menos á halagar. Esto explica por qué en la exposición de este segundo período de la historia hispano-africana, que abarca cuatro siglos y medio, soy muchísimo más breve que en la del primer período, que solo abarca tres siglos. Sin embargo, no por esto omitiré entrar en pormenores allí donde valgan la pena de exponerse.

Aunque el desierto de Sahara ofrece un aspecto tétrico de desolación al viajero arrojado que atraviesa la pendiente meridional del Atlas, contiene en su seno más vida de lo que generalmente se cree. En muchos oasis acampan y en los espacios que los separan se mueven tribus muy diferentes por su origen y carácter, y entre ellas muchas berberiscas, particularmente en la región limitada al Norte por el Atlas, al Oeste por el Océano Atlántico y al Sur por el Senegal. Entre las tribus berberiscas, pertenecen las más al grupo *sanhadscha*, del cual el mismo río Senegal ha recibido su nombre (1). Muchas tribus de éstas ya en tiempos remotos habían penetrado muy al Sur, donde á mediados del siglo II (VII) habían formado un imperio bastante grande con reyes pertenecientes al grupo *lemtuna*, el más poderoso de la familia berberisca. En el siglo III (IX) los primeros apóstoles de la religión de Mahoma llegaron á esta región y convirtieron á los berberiscos aunque nominalmente, porque para aquellos hijos del desierto lo más interesante de esta religión era el deber de hacer «la guerra santa» á los infieles, é infieles, ó mejor dicho, paganos eran los negros del vecino Sudan, á quienes los berberiscos esclavizaban y vendían á muy buen precio en los mercados de Fez, Sidschilmasa y otros centros. Así continuaron su vida de siempre estas tribus, designadas con el nombre de *molatamines* (velados ó rebozados) por su costumbre de llevar tapada la cabeza y parte de la cara con una especie de toca llamada *litam*, hasta que el destino, á mediados del siglo V (XI), les dió una misión más elevada (2).

(1) *Senegal* es una transformación de *Sanagen* ó *Senagén*, plural berberisco de *Sanag*, forma lateral de *sanhadscha*, según Slane (*Histoire des Berbères par Ibn Khaldun*, tomo II, Argel, 1854, pág. 68, nota 4).

(2) Las noticias que en el texto doy sobre el origen de los almorávides hasta el año 460 (1068) están tomadas de la ya citada obra de

Yahya Ibn Ibrahim, de la tribu de Guedala, casado con una mujer *lemtuna*, habiendo llegado á ser por este casamiento jefe de la tribu de su mujer emprendió en 427 (1036) con los hombres más principales del país una peregrinación á la Meca, y por lo que vieron en el camino y en la Meca comprendieron que su pueblo corría peligro de condenarse porque ni conocía los preceptos de la religión ni los cumplía como era debido, y por consiguiente era indispensable cambiar de conducta. A su regreso al país, animados de las mejores intenciones, y al pasar por el territorio de los siridas, que desde la traslación del califa fatimita Moisés al Cairo comprendía el Norte de África desde Túnez hasta la mayor parte de Marruecos, buscaron algún varón piadoso y buen teólogo que quisiese seguirles al desierto y ser el apóstol de la fe verdadera entre sus paisanos. Después de muchas investigaciones, porque hasta los varones más piadosos sentían enfriarse su entusiasmo religioso al oír hablar del desierto, encontraron á la persona que buscaban en Abdallah Ibn Yazín el-Gusuli, conocedor profundo de la ley, que sabía de memoria todas las decisiones de Melik y de sus discípulos, y para el cual la salvación de la humanidad dependía del correcto cumplimiento de todas las ceremonias prescritas, genuflexiones, oraciones, abluciones y otras, hechas con la debida minuciosidad; del pago del impuesto para los pobres; de la observancia minuciosa de las reglas para el sacrificio de los animales destinados á la alimentación, y de otras exterioridades. Cuando estuvo entre las ovejas cuya educación religiosa había tomado á su cargo, quedó horrorizado al ver que muchos tenían más de cuatro mujeres. En esto como en todo, el apóstol y predicador celoso era un ejemplo como observador fidelísimo y escrupuloso de la ley; le gustaban las mujeres tanto como al que más, pero nunca tenía más que cuatro esposas legítimas, número que es el permitido por la ley; para variar solía cambiarlas cada mes, pero divorciándose debidamente y observando todas las minuciosidades teológico-jurídicas prescritas para estos casos. Tantas triquiñuelas molestaron á los hijos del desierto, acostumbrados á vivir con entera libertad, y al fin solo encontró el santón partido en el jefe de los *lemtunas* y en las contadas personas que le rodeaban. Así cuando al poco tiempo murió Yahya Ibn Ibrahim, se separaron los diferentes grupos de la gran familia *lemtuna*.

No por esto se desanimó el apóstol Abdallah Ibn Yazín, el cual con algunos partidarios fieles, entre ellos dos hermanos, jefes de grupos *lemtunas*, llamados Yahya y Abu Bekr, hijos de Omar, se retiró á una isla del Senegal, donde construyó para sí y sus compañeros una ermita y allí se dedicó con su pequeña comunidad á prácticas religiosas. Poco á poco se extendió la fama del santón y de sus compañeros, cuyo número fué engrosando continuamente, y cuando este número llegó á mil, el santón los arengó en estos términos: «No es fácil vencer á mil hombres; es, pues, preciso dedicarnos ahora con actividad á sostener el imperio de la verdad y obligar á todo el mundo, si es menester á la fuerza, á reconocerlo y someterse á él.» Ocurrió esto en 434 (1043), y fué una declaración de guerra del santón y de su gente á los demás *lemtunas*, á los *guedalas* y á todas las tribus ber-

Ibn Khaldun, traducida por Slane, y en parte de la crónica «*Raud El-Kirtás*,» de Ibn Abi Ser'á, traducida y publicada por Tornberg (Upsal, 1843-1846), bajo el título de: *Annales Regum Mauritanie*. Citaré en adelante esta última obra con el nombre de *Kirtás* simplemente. En el presente caso sus noticias concuerdan más con las de Ibn Khaldun que con la narración de Ibn El-Athir, que discrepa de ellas en puntos esenciales. Naturalmente, no podemos hoy fijar con exactitud completa los hechos, y así no damos la narración del texto sino como la más probable. Sobre todo hasta 450 (1058) el cómputo de los años es inseguro y no concuerdan tampoco en él *Kirtás* é Ibn Khaldun.